

cieran y le alentaran en tan amargo dolor con algún vislumbre de salvación y con algún asomo de triunfo. En tal estado terrible, debió ir á Córdoba para despedirse de D.^a Beatriz y besar al hijo de sus amores con ella, Fernando; desde Córdoba debió irse á Sevilla para verse con amigos como los Geraldinis y noticiarles sus amarguras, á fin de que á su vez las noticiaran ellos á Mendoza; desde Sevilla irse á Marchena para contarle á su protector, el sabio fraile Antonio, los desvanecimientos de todas las esperanzas y los malogros de todas las promesas; desde Marchena irse á Huelva en busca de su cuñado Muliarte y de su hijo Diego, puestos so el amparo de sus tíos carnales, en el afán y desasosiego consiguientes á las peregrinaciones del descubridor; desde Huelva, en aquel errar de un desgraciado, poseído por la terrible hipnotización de las ideas y aquejado por la neurosis, ó desarreglo de los nervios, muy semejante á la que asalta en vísperas de su demencia ó de su muerte á un loco y á un suicida, entrarse por un monasterio aislado y solitario como pudiera entrarse por los umbrales del sepulcro y acogerse á la silenciosa eternidad, pues no debía caberle ya el corazón en su pecho y el dolor en su corazón. La histeria del místico éxtasis cuando esperanzado, había sido sustituida, cuando desesperado, por la histeria de infernal dolor. Le creían un alucinado, cuando era un matemático. Le abandonaban por unos cuantos cármenes al pie de las viejas Alpujarras, cuando él traía mundos nuevos, y mares, y cielos. El insomnio magnético por tales consideraciones llevado á sus párpados; el desatino y destiento de una sensibilidad sobreexcitada por estos combates interiores; los espasmos inconscientes de una epilepsia irremediable; las agitaciones de los músculos, constreñidos por el aguijón de la intranquilidad á una movilidad perdurable; todas las pasiones encrespadas en oleajes amarguísimos y tormentosos; el delirio en algunas horas de necesaria exaltación, y el desorden de todas sus fibras, seguido por un sueño de síncope y un reposo de ataxia; las contorsiones ocasionadas al sacudimiento del contacto con las penas íntimas, tan fulminantes

y tan devastadoras de la red nerviosa como la centella y el rayo; unas letargias parecidas á catalepsias, tras unos desvelos, en las demencias más agudas y continuas únicamente posibles, debían darle ¡ay! el aspecto de un endemoniado, como la esperanza de logro los éxtasis de un santo. Al tornar de la vega, donde todos se volvían á mirar las bermejas torres y nadie se acordaba de su persona y de su proyecto, debió aparecésele como un faro la Rábida en dura noche de naufragio. Se necesita no haber pensado nunca, ó no haber nunca padecido, para ignorar, en esta evaporación de las lágrimas, en estas extinciones del alma, cómo consuela una campana que tañe, cómo abriga un sauce que llora, cómo conhorta una cruz que tiende sus brazos vacíos en la soledad, cómo serena el encuentro de olvidado sepulcro que nos promete la paz y el sueño de la muerte. Colón se dirigió á la Rábida en aquel dolor, como á la Virgen alzada en los altares de proa se dirigiera entre las deshechas tempestades. Un seto cubierto de pinos en medio de la soledad; el mar inmenso de Occidente á la vista; un cielo claro donde fijar las retinas oscuras; un pavimento de losas sepulcrales; claustros en que recogerse y prepararse para la postrimer agonía; altares adonde asirse para llegar perdonado á una eternidad olvidada por los deseos de mundanales glorias, menos que humos, y por el descubrimiento de tierras, en presencia de lo infinito menos que átomos; penitentes y monjes aceptos á su alma, porque le parecían sombras: he ahí todo cuanto explica el asilo y refugio demandado por Colón á la Rábida. Las tradiciones antiguas pusieron al profeta en el monasterio á la hora de su llegada y de sus ilusiones; la crítica contemporánea, más docta, pone al profeta en el monasterio á la hora de su partida y de su desencanto. Ahí está la gloria de tal sitio, en haber presenciado el renacimiento de una perdida esperanza. Y volvió la esperanza porque Colón creía y á Colón lo amaron. Escollo santo de la fe, donde brotó el más puro entre todos los afectos: el afecto de una inagotable admiración mezclado con el afecto de una inextinguible amistad. Cierta humilde

Juan Pérez descubrió el Nuevo Mundo, sépanlo el desamor y la envidia, por haber querido y por haber admirado mucho.

Colón, llegado allí en tal arrebato de ánimo, debió interesar por todo extremo al Guardián del convento, consagrado á las contemplaciones de un infinito como el cielo, de un infinito como el mar, de un infinito como el alma, tres revelaciones de Dios. Un sentimiento de caridad nativo en el solitario le condujo á socorrer y á consolar al hombre aquel, desasido de todo cuanto no fueran sus invenciones, y una incontrastable aspiración al saber le sugirió la firme resolución de auxiliar á obra tan cristiana como el hallazgo de razas ocultas al sol del Evangelio. Pero lo que principalmente debió moverle á la participación decisiva en el necesario logro de tal deseo y aceptación de tal proyecto, fué la elocuencia bíblica de Colón, mezclada con las fórmulas numéricas, pues en su virtud ponía tras un cálculo un salmo, y tras las combinaciones matemáticas que señalaban latitudes y alturas en las zonas terrestres, las oraciones místicas que prometían milagrosa renovación del Universo. Indudablemente Colón cayó en la Rábida fatigadísimo, á consecuencia del insomnio continuo y del malestar nervioso y del movimiento indeliberado á que le sujetaban los intensos dolores provinientes del duro desengaño. Juan Pérez comenzaría por darle algún consejo al pie mismo de la cruz del vestíbulo, donde le cataría en seguida el alma con esas adivinaciones propias de la nativa compasión. Seguidamente llevaríale, para procurarle algún reposo, á la hospedería, conjurándole, tras las promesas de su auxilio y las fianzas en que podía librarse algún indicio de consuelo, á granjearse la necesaria paz por algún conhorto moral seguido de una confortación material, cuya virtud eficaz, venciendo la desgana y el insomnio, le facilitarían el necesario alimento y le reconciliaran el tranquilo sueño. Aunque los hombres del Renacimiento no sentían la naturaleza como la sentimos nosotros, cosa indudable que la inmensidad celeste del mar, y la diáfana bóveda del cielo, y las bocas de los ríos en la bahía de Huelva, y los pue-

blos agrupados al pie de la colina, y los recodos con las ensenadas de aquellas costas, y el suelo andaluz á un lado y el suelo lusitano á otro, sumados con los olores de tomillos y alhucemas y salvias, con las guirnaldas de rosas y jazmines, con la música de palmas y de pinos vibrantes, con el apacible recreo que dan al olfato los naranjales y al oído las avecillas, debieron servir de laxante á la exacerbada irritación de los nervios que atormentaban al descubridor, quien se iba de una segunda patria donde había encontrado amistad, y amor, y admiración, á tierra extraña, donde acaso temía supremas y definitivas repulsas por no dar de cabeza, según los arrebatos de su desesperación, en una desenfrenadísima demencia. Luego el Padre le hablaría de su convento y de su Orden. Para creer en el milagro no hay como tratar á una comunidad. El bueno de Juan Pérez diría con seguridad al marino todo cuanto en aquella clausura se contaba: el antiguo culto idolátrico á Proserpina, honrada con la degollación anual de una bella moza vecina, cuya sangre bebían los paganos para fortalecerse, y sólo alcanzaban endemoniarse; la celebración de procesiones análogas á las Lupercales romanas, esclarecidas por cirios como los usados ahora en la Candelaria y en el Tenebrario católicos; la institución de una iglesia en el sitio mismo consagrado á Proserpina, diosa hija de Ceres, según unos, y según otros, á princesa hija de Trajano, por un santuario á la Virgen llamada de la Rábida desde tal sazón, á causa del remedio aguardado contra la rabia, entonces muy extendida entre los cristianos; el portento de haberse debido la imagen allí adorada á Jerusalén, donde la talló el mismísimo San Lucas, ante aquel retrato de la Virgen trazado por sus doctos pinceles, teniéndole unos ángeles la divina paleta y moliéndole otros ángeles con sus manos lavadas los brillantes colores; el rapto y ocultación á la venida de los árabes, por los fieles mismos de tal simulacro milagroso, dentro del mar, para más confianza y seguridad, en cuyas líquidas profundidades no solamente se conservaba para la hora del triunfo, impedía la colocación del zan-

carrón de Mahoma, caído por los suelos cuantas veces quisieran los infieles alzarlo á las bóvedas que vieran la Virgen Madre sobre su peana y bajo su solio, circuída siempre de luces y de flores; el establecimiento de la Orden franciscana por el Padre seráfico en persona cuando sin miedo iba de Asís á Francia, de Francia y París á Burgos, de Burgos, donde aun guardan modelado en piedra su recuerdo, á Lisboa, de Lisboa á Huelva, de Huelva á Sevilla; la defensa que debió á los templarios la casa y el martirio de gloriosos habitantes suyos en África: todo lo cual andaba en la tradición secular mezclado con antiguas consejas de ancianos vecinos y se contenía en vitelas arrugadas é ilegibles, guardadas en el altar mayor y ante las aras para edificación de todas las generaciones en todo el transcurso de los siglos, y gloria y prosperidad magníficas de aquel sacratísimo templo, cuyos arcos, unos de corte gótico y otros de corte mudéjar, dicen acerca de su historia más que todas las leyendas monásticas y que todos los cuentos seculares. Y al mismo tiempo que le mostraba el P. Juan la iglesia y el monasterio, aconsejarle se remitiese y encomendase á la divina imagen de María Santísima, bastante milagrosa por todo lo que allí se contaba y se creía, para tocar en el corazón de sus enemigos y ablandarlo, así como para subirlo y ponerlo á él en los pináculos de la fortuna y de la gloria. Colón debió rezar con la fe propia de su piedad cristiana y debió insistir en una idea que le atenaceaba mucho, en la probabilidad indudable de reconquistar la santa casa de Sión y el santo sepulcro de Cristo, si lograba cumplir sus maravillosas profecías. Pero, después de haber pedido á Dios, acordábase de que la ciencia mucho ayuda, como la voluntad mucho vale, y expondría la confianza en sus cálculos, amén de la confianza en el cielo. Juan Pérez, arrobado á las dobles ideas religiosas y científicas, recordaría lo mucho que del mar inmenso y de las costas lejanas habría oído hablar á tanto y tanto piloto cual por allí pululaba. Y entre todos descollaría el astrólogo y cosmógrafo Garci-Fernández, quien, por el Padre movido y de Colón

encantado, certificaba la probabilidad de topar con las Indias orientales navegando por el mar occidental. ¡Oh! Lo cierto es que mandaron un señor llamado Sebastián Rodríguez, vecino de Lepe, al campo de Santa Fe con epístolas de Juan Pérez á la Reina; que Lepe volvió á los quince días con una orden expresa y apremiante de presentación á la Corte, del fraile; que, muy entusiasmado éste y diligentísimo, prestó ágil mula de paso al buen Labrador Cabezudo, y se partió por trochas y atajos, con riesgo de su vida y de su libertad, al real de Granada; que vió á la Reina el Guardián, recibiendo de sus manos veinte mil maravedís en florines para que los expidiera con Diego Prieto, de Palos Alcalde, á la Rábida, entregándolos por su mano á Colón, quien, provisto de una bestezuela, y decentemente trajeado, estaba ya en ocasión de presentarse á recibir lo conducente al equipo de tres carabelas, destinadas en el ánimo de los Reyes al gloriosísimo viaje.